

Si la lección de este libro, como la de la conducta de su autor, desagrada profundamente a algunos antiguos correligionarios de éste, no ha de pasarse por alto que tampoco parece haber sido bien recibida por alguna —sólo alguna— gente de la izquierda. La dureza de nuestras luchas civiles, consecuencia de seculares desequilibrios sociales no resueltos; el trauma de la derrota y de todos los horrores y penalidades que trajo consigo, aún vivo en tantos que los sufrieron, motiva a veces desdenes y desvíos ante quien haya sido colaborador del régimen de Franco. Y, desde esa «pureza» que Laín ha sabido comentar como era debido en su texto, hay quien propende a despreciar cualquier evolución política de anteriores adversarios. ¿Habría que esclarecer todavía lo negativo de tales reacciones para la empresa de salvación política y social de nuestro país? Rechazar a hombres que han reconocido sus pecados de uno u otro modo, en nombre de un izquierdismo que se considera —a menudo con notorio optimismo— impecable, no sólo es inhumano; es también un dislate político. Persuadido de que las razones básicas del pueblo en armas fueron inobjetables, el hombre de izquierdas que sigo siendo entiende que el abrazo con personas como Laín —y bien estrecho, después de un libro como *Descargo...*— es necesario para la reconstrucción de nuestra sociedad. Nada ganará la causa de la democracia si se regatea convivencia y amistad a quienes se han esforzado en servirla desde hace largos años. Si las izquierdas españolas no fuesen capaces de comprender a estos hombres —es sólo una hipótesis, afortunadamente desmentida por la realidad—, seguirían sin crear, o volverían a perder, la posibilidad de aprender de sus propias deficiencias en el pasado. De que se aprovechen seriamente

ni ocultarlo. Pero durante cuarenta años he sido lo más discreto que he podido, y no por avergonzarme de nada según algunos piensan, sino por lo angustioso para mí del recuerdo y por evitar el bochorno de que, con unos o con otros, esta circunstancia biográfica me reportase compensaciones no buscadas. Me estoy refiriendo, ya lo habrá supuesto más de un lector, a mi mayor tragedia familiar: la del asesinato, en la zona donde yo hice la guerra, del hombre sin culpa, recto y bueno que me engendró. No entraré aquí en los pormenores de aquel golpe brutal, uno entre los muchos que colmaron de llanto innumerables familias en las tensas fechas en que, evacuado a Valencia el gobierno, Madrid, dejado a cargo de una urgente Junta de Defensa forzada a la hercúlea hazaña de organizar la resistencia y mantener al mismo tiempo el orden de la ciudad, estuvo a punto de ser tomado por el enemigo. Como a Pedro en su zona, los crímenes de los que en la mía íbamos teniendo alguna noticia y, sobre todo, el que tan directamente hirió mi corazón, me impusieron un terrible problema de conciencia mal resuelto; como Laín con la suya, seguí no obstante al servicio de la causa popular, he de decir que con adhesión sincera. Y hoy pienso que, si él tuvo otras razones, además de las humanitarias, para abandonar más tarde la suya, yo he creído tener serias razones, distintas de las humanitarias, para seguir en la mía. Pero ello me ha acarreado incontables veces, ya se comprenderá, la acusación de ser «un monstruo». Y no dudo de que desde ese punto de vista, que es esencialmente el elegido por algunos ante el libro de Laín, será asimismo enjuiciado el presente trabajo por más de un lector. Y muy en particular, esta larga nota. Pues todavía me llegan, de cuando en cuando, anónimos insultantes alusivos a mi pobre padre, escritos seguramente por gentes que elogiarían mi «patriotismo» si yo hubiera peleado al lado de los «nacionales» y me hubiese mantenido después fiel a sus ideas aunque a mi padre —que en esta hipótesis podría haber sido un modesto afiliado a un sindicato de la U.G.T.— lo hubiesen asesinado, pongo por caso, en Badajoz. Frente a la persistencia de tales fanatismos me limitaré a decir que el dolor por toda la sangre vertida sigue vivo en mí, y que es muy de lamentar que otros se duelan sólo de su sangre y de los asesinatos del bando opuesto, mas no de los del bando propio y de la sangre ajena... Ahora bien, el análisis social de nuestra contienda bélica —que entraña, quiérase o no, el de las verdaderas responsabilidades por todas esas muertes, además de las del campo de batalla y de otras posteriores— es cuestión distinta, y si no se afronta con la deliberada voluntad de reconocer la verdad en vez de envolverla en blandas y sospechosas exhortaciones al olvido, sucesoras de aquel unilateral «perdonad, pero no olvidéis» que fue como una cínica negación de que en la zona «nacional» hubiera que perdonar ningún crimen, nos seguiremos debatiendo en una insatisfactoria tregua en vez de llegar a una auténtica convivencia en que las tensiones sociales puedan manifestarse con plenitud sin desmoronar la legalidad democrática. Menos mal que, paulatinamente, va creciendo la literatura imparcial que pone las cosas en su sitio. Como, por ejemplo, el libro de Laín Entralgo.

anteriores experiencias en lo tocante a efectiva unidad, aunque sólo sea táctica, de las fuerzas populares, pero también en cuanto a la conciliación con innumerables personas de otras familias políticas o del antiguo bando contrario, depende de que el futuro sea socialmente más justo y no decaiga, una vez más, en ilusión inconsistente pulverizada por la agresión reaccionaria.

«Por omisión pequé, lo reconozco de veras», torna a decir Laín en otra de sus «epicrisis». Que nadie, sea de izquierdas o de derechas, ose menospreciar ante un hombre y un libro que merecen aplauso. Pues ¿quién puede presumir de no haber pecado nunca por omisión? Yo no conozco a nadie libre de omisiones; y en cuanto al texto que comento, no se negará que, lejos de ser otra omisión, es una acción singularísima y, de positiva que resulta, casi escandalosa. Si Pedro Laín es normal varón por sus omisiones, es excepcional por las páginas donde las confiesa. Lo es al modo más insólito: mediante el ejercicio de su sincera humildad. Como muchos otros, conocía sus débitos; pero, a diferencia de otros, no los ha disimulado. Ha preferido pagarlos con su dilatado proceder y en defensa de la libertad con su *descargo de conciencia*.

Los libros que tratan de España y de su última guerra civil son numerosos. Otros se les sumarán mañana, que arrojarán creciente claridad sobre nuestros más graves dramas y nuestras carencias más bochornosas. Pero ya no podrán ser muchos los que, procedentes de testigos y protagonistas directos, desnuden flaquezas personales y ofrezcan contricción al tiempo que revelan, de cerca, cómo fue el pulso de los días en este siglo de violencias españolas que nos ha tocado vivir. Laín ha dado un luminoso testimonio de nuestra relación —la nuestra, la de cada uno de nosotros— con la historia de Iberia, y se ha hecho acreedor por ello a la gratitud de todos. Es ya tópico hablar de España como «madrastra de sus hijos», angustioso aforismo que debiera contradecirse con otro que afirmase: «Los españoles, hijastros de su madre». Pues si ella nos da poco, es por lo poco que a ella le damos; que, al fin y al cabo, España no es más que el conjunto de todos nosotros. Pero quien reconoce la triste verdad de cuán «hijastros» somos y escribe un *Descargo...* como el que a Pedro debemos, demuestra lo lejos que está de ser, al sólo modo, un hijastro descastado y con cuánta abnegación es verdadero hijo.

Y hermano. Que para ser buen hijo de la patria hay que ser buen hermano de quienes la forman y la deforman. Fraternalmente, Pedro Laín Entralgo se ha plantado ante su espejo con admirable entereza y en esa luna nos brinda a los demás la posibilidad —y aun el deber— de contemplarnos a nuestra vez. Aguda y sutilmente, *Descargo de conciencia* es también nuestro espejo: uno de los más nítidos —y por ello, inquietantes— que se nos han puesto delante. No podremos hallar en él nuestra fisonomía definitiva; un espejo vivo no fija ninguna imagen. Sólo invita a seguir encontrando en él rasgos inadvertidos. Agradecemos la limitación aparente de esa contemplación interminable, ya que crea el acicate de seguir mirando. Ese afán es la mejor «ultranza» de nuestra humana condición: la de conocer y conocerse. En ella dejamos a Pedro, engolfado en su inacabable búsqueda de autorrealización, que no concluye en el libro y que él ha expresado hondamente en su «Hombre solo»:

Quiera o no quiera, mi existencia tiene que ser otra vez pesquisa sedienta y desamparada. Creía poseer algo, y ya no poseo nada. Existir es —otra vez— tener sed.

Antonio Buero Vallejo